



Latitud 27

Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

Nº 1, Invierno 2022, Santiago del Estero, Argentina

<https://latitud27.unse.edu.ar>

Encender un fuego

Jack London

El día había amanecido frío y gris, absolutamente frío y gris, cuando el hombre se apartó del camino principal del Yukón y trepó el elevado terraplén donde un sendero apenas visible y poco transitado conducía al Este, entre espesos bosques de abetos. Era una ladera pronunciada, y al llegar a la cima se detuvo para recobrar el aliento, disculpándose ante sí mismo con una mirada al reloj. Eran las nueve. Aunque no se veía ni una nube en el cielo, no había el menor indicio del sol. Era un día despejado, y sin embargo parecía como si un velo intangible lo cubriera todo, una melancolía sutil que oscurecía las cosas y que se debía a la ausencia del sol. Estaba acostumbrado a la falta del sol. Habían pasado ya unos cuantos días desde que lo viera por última vez, y sabía que habrían de pasar muchos más antes de que el alentador astro se asomara apenas sobre la línea del horizonte para desaparecer inmediatamente de la vista en viaje al Sur.

Lanzó una mirada hacia atrás, al camino por el que había llegado. El Yukón, de un kilómetro de ancho, yacía oculto bajo un metro de hielo, sobre el que se había acumulado otro tanto de nieve. Y todo era de un blanco puro, con suaves ondulaciones allí donde se agolpaba el hielo que formaba la helada. Al Norte y al Sur, hasta donde alcanzaba su vista, la blancura era ininterrumpida, excepción hecha de una delgada línea negra, del grosor de un cabello, que se curvaba y retorció en torno de la isla cubierta de abetos, hacia el sur, y se curvaba y retorció hacia el norte, donde desaparecía detrás de otra línea cubierta de abetos. Esta línea oscura era la senda, el camino principal que llevaba al sur a lo largo de ochocientos kilómetros, hasta el paso Chilcoat, y las aguas saladas; y al norte, a lo largo de ciento quince kilómetros de Dawson, y más al norte aún, mil seiscientos kilómetros hasta Nulato, y por último hasta St. Michael, a orillas del mar de Bering, dos mil kilómetros más.

Pero todo eso —la senda misteriosa, extensa y estrecha, la ausencia de sol en el cielo, el tremendo frío, y lo extraño y sombrío de todo aquello— no impresionó para nada al hombre. Y no porque estuviese muy acostumbrado a ello. Era un recién llegado a la región, un *chechaquo*, y ése era su primer invierno. Lo que le pasaba era que carecía de imaginación. Era veloz y agudo en las cosas de la vida, pero sólo en las cosas y no en sus significados. Veinticinco grados bajo cero equivalían a un frío desagradable, pero nada más. Este hecho no lo llevaba a meditar acerca de su fragilidad en tanto criatura de temperatura, ni sobre la vulnerabilidad del hombre en general, capaz de vivir

sólo dentro de ciertos estrechos límites de frío y calor; y a partir de allí no lo conducía al campo conjetural de la inmortalidad y al papel del hombre en el universo. Veinticinco grados bajo cero significaban para él una mordedura de la helada que hacía doler, y de la que había que protegerse usando mitones, orejeras, mocasines abrigados y calcetines gruesos.

Veinticinco grados bajo cero eran para él ni más ni menos que veinticinco grados bajo cero. Que pudiese significar algo más que eso era un pensamiento que jamás había tenido cabida en su mente.

Mientras se volvía para proseguir la marcha, escupió especulativamente. Hubo un estallido seco, explosivo, que lo sobresaltó. Volvió a escupir. Y otra vez, en el aire, antes de que pudiera llegar a la nieve, la saliva restalló. Él sabía que a veinticinco grados bajo cero la saliva restallaba al tocar la nieve, pero esta saliva había crujido en el aire. Indudablemente la temperatura era inferior a veinticinco grados bajo cero.

Cuánto más baja, no lo sabía. Pero no importaba. Se dirigía a la antigua posesión situada en el ramal izquierdo del Henderson, adonde se encontraban sus compañeros. Habían llegado allí atravesando la línea divisoria, desde la región del arroyo Indian, en tanto que él iba dando un rodeo para estudiar la posibilidad de extraer madera, en primavera, de las islas del Yukón. Llegaría al campamento a las seis; ya había oscurecido, era cierto, pero los muchachos estarían allí, habría un fuego encendido, y estaría aguardándolo una cena caliente. En cuanto al almuerzo, apretó la mano contra el bulto saliente que llevaba bajo la chaqueta. Estaba también debajo de la camisa, envuelto en un pañuelo y en contacto con la piel desnuda. Era la única manera de impedir que las galletas se congelaran. Se sonrió con deleite para sus adentros al pensar en las galletas, cada una partida por la mitad y empapada en grasa, con una generosa tajada de tocino frito adentro.

Se hundió entre los corpulentos abetos. La senda se distinguía apenas. Desde que pasara el último trineo habían caído por lo menos treinta centímetros de nieve. Se alegró de viajar sin trineo y ligero de equipaje. En realidad no llevaba más que el almuerzo envuelto en el pañuelo. Lo que lo sorprendió, sin embargo, fue el frío. Por cierto que hacía frío, decidió, mientras se frotaba la nariz y las mejillas entumecidas con la mano cubierta con un mitón. Era un hombre de barba y patillas abundantes, pero el pelo de la cara no le protegía los altos pómulos ni la ansiosa nariz que se hundía agresivamente en el aire helado.

Detrás del hombre trotaba un perro, un perro esquimal de gran tamaño, el clásico perro lobo, gris y sin ninguna diferencia en su aspecto o temperamento respecto de su hermano, el lobo salvaje.

El tremendo frío abatía al animal. Sabía que aquél no era momento para viajar. Su instinto le hablaba con mayor realismo que al hombre su raciocinio. En realidad, no se trataba sólo de una

temperatura ligeramente inferior a los veinticinco grados bajo cero. Era de cuarenta grados bajo cero. El perro no sabía nada acerca de termómetros. Posiblemente en su cerebro no existiera la aguda conciencia de una situación de frío intenso, como existía en el del hombre. Pero el animal tenía instinto. Experimentaba una aprensión vaga pero amenazadora que le dominaba y lo hacía arrastrarse pegado a los talones del hombre, induciéndolo a cuestionarse cada uno de los movimientos inusitados de éste, como a la espera de que llegara al campamento o buscara refugio en alguna parte y encendiera un fuego. El perro había aprendido lo que era el fuego, y lo deseaba; o por lo menos ansiaba escamotear al aire la tibieza de su propio cuerpo y hundirse con ella bajo la nieve, acurrucado.

La humedad helada del aliento se le había posado en la piel, en un fino polvillo de escarcha, y las mandíbulas, el hocico y las pestañas blanqueaban especialmente bajo su aliento cristalizado. La barba y el bigote rojizos del hombre se habían convertido en hielo y aumentaba con cada exhalación tibia y húmeda. Además, el hombre mascaba tabaco, y la mordaza de hielo le apretaba los labios con tanta fuerza que no podía limpiarse la barbilla cuando escupía el jugo. El resultado era una barba de cristal, del color y la solidez del ámbar, que crecía constantemente en su barbilla y que, si llegaba a caer, se quebraría, como un vidrio, en fragmentos. Pero aquel apéndice no le molestaba. Era el castigo de todos los que mascaban tabaco en esa región, y él ya había estado allí durante otros dos períodos de intenso frío. No tanto como en esta ocasión, lo sabía, pero el termómetro de alcohol de Sixty Miles había registrado veinticinco y hasta treinta y dos grados bajo cero. Siguió durante varios kilómetros por entre los bosques, cruzó una amplia llanura cubierta de montículos, y se dejó caer por un terraplén hasta el lecho helado de un arroyuelo. Era el Henderson, y supo que se hallaba a quince kilómetros de la bifurcación. Miró el reloj. Eran las diez. Estaban haciendo unos seis kilómetros y medio por hora, y calculó que llegaría a la bifurcación a las doce y media. Decidió que celebraría ese acontecimiento almorzando allí.

Mientras avanzaba por el lecho del arroyo, el perro se pegó de nuevo a sus talones, con la cola caída en señal de desaliento. El surco de la vieja senda para trineos era claramente visible, pero las últimas huellas estaban cubiertas por treinta centímetros de nieve. Hacía un mes que nadie recorría el arroyo silencioso. El hombre siguió adelante sin detenerse. No era muy dado a la meditación, y en ese momento en particular no tenía nada en qué pensar, salvo que iba a almorzar en la bifurcación y que a la seis de la tarde se reuniría en el campamento con los muchachos. No había nadie con quien hablar; y se lo hubiera habido, la conversación hubiera resultado imposible debido a la mordaza de hielo que le aprisionaba la boca. De manera que prosiguió masticando tabaco monótonamente, e incrementando la longitud de su barba de ámbar.

De vez en cuando se le reiteraba el pensamiento de que hacía mucho frío, y de que nunca había experimentado una temperatura semejante. Mientras caminaba, se frotaba los pómulos y la nariz con el dorso de la mano enfundada en un grueso mitón. Lo hacía automáticamente, y de cuando

en cuando cambiaba de mano. Pero por más que se frotara, en el instante en que dejaba de hacerlo se le entumecían los pómulos y enseguida la punta de la nariz. Estaba seguro de que las mejillas se le iban a congelar. Lo sabía, y sintió un poco de pena por no habérselas ingeniado para confeccionar un protector para la nariz como el que llevaba Bud en épocas de mucho frío. El protector cubría también las mejillas, y las salvaba. Pero, después de todo, no importaba demasiado. ¿Qué eran unas mejillas entumecidas? Un poco doloroso y nada más. Nunca resultaba grave.

Aunque la mente del hombre estuviera vacía de pensamiento, era un observador agudo, y advirtió los cambios que había experimentado el arroyo, las curvas, los meandros y las acumulaciones de troncos. Siempre miraba con especial cuidado dónde ponía los pies. En cierto momento, al doblar una curva, se detuvo con un sobresalto, como un caballo asustado, describió un rodeo para apartarse del lugar por el que venía caminando y retrocedió unos cuantos pasos por la senda. Sabía que el arroyo estaba helado hasta el fondo —ningún arroyo podía contener agua en ese invierno ártico— pero también sabía que había manantiales que surgían burbujeando de las laderas y corrían bajo la nieve y sobre el hielo del arroyo. El hombre sabía que ni los fríos más intensos helaban esos manantiales, y conocía perfectamente el peligro que suponían. Eran trampas. Ocultaban bajo la nieve estanques de agua que podían tener de ocho centímetros a un metro de profundidad. A veces estaban cubiertos por una fina capa de hielo de algo más de un centímetro, oculta a su vez por la nieve. Otras veces alternaban las capas de agua y de hielo, de manera que cuando un viajero rompía una y la atravesaba, continuaba rompiendo las siguientes, hundiéndose y mojándose a veces hasta la cintura.

Por eso había retrocedido con tanto pánico. Sintió que el suelo cedía bajo sus pies, y oyó el crujido de una fina capa de hielo oculta bajo la nieve. Y mojarse los pies en esa temperatura significaba problemas y peligro. En el mejor de los casos implicaba una demora, pues se vería obligado a detenerse y encender una hoguera, y descalzarse bajo su protección mientras secaba los calcetines y los mocasines. Se detuvo y estudió el lecho del arroyo y sus orillas, y decidió que la corriente de agua venía de la derecha. Reflexionó un rato, mientras se frotaba la nariz y las mejillas, y luego dio un rodeo por la izquierda, pisando con cautela y probando el suelo antes de cada paso. Una vez fuera de peligro, mordió un nuevo trozo de tabaco, y retomó su ritmo de seis kilómetros y medio por hora.

En el curso de las dos horas siguientes, se topó con varias trampas semejantes. Generalmente la nieve acumulada sobre los estanques ocultos tenía un aspecto hundido, como acaramelado, que anunciaba el peligro. En una ocasión tuvo una advertencia certera; y otra vez, sospechando el peligro, obligó al perro a ir adelante. El animal no quería ir. Se resistió hasta que el hombre lo empujó, y luego atravesó la superficie blanca, ininterrumpida. De pronto, el suelo se hundió, el animal se hizo a un lado y buscó terreno más seguro. Se había mojado las patas delanteras, y casi enseguida el agua adherida a ellas se convirtió en hielo. Hizo rápidamente esfuerzos por

lamérselas, y luego se dejó caer en la nieve y empezó a arrancarse a mordiscos el hielo que se le había formado entre los dedos. Era una cuestión de instinto. Permitir que el hielo permaneciese allí significaba dolor. Él no lo sabía, simplemente obedecía a un misterioso dictado que surgía desde las zonas más profundas de su ser. Pero el hombre sí lo sabía, pues se había formado una opinión al respecto, y se quitó el mitón de la mano derecha y ayudó al perro a arrancarse las partículas de hielo. No había dejado los dedos al descubierto más de un minuto, y le asombró el rápido entumecimiento que los inmovilizó. Por cierto que hacía frío. Se puso el mitón apresuradamente, y se golpeó la mano contra el pecho con energía febril.

A las doce, el día había alcanzado su máxima luminosidad, pero el sol había descendido demasiado hacia el sur, en su viaje invernal, como para trasponer el horizonte. La Tierra se interponía entre él y el arroyo Henderson, donde el hombre caminaba bajo el cielo despejado, a mediodía, sin producir sombra alguna.

A las doce y media en punto llegó a la bifurcación del arroyo. Estaba satisfecho de la velocidad que había logrado. Si lograba mantenerla, estaría con los muchachos a las seis. Se desabotonó la chaqueta y la camisa y sacó el almuerzo. La acción no le llevó más de un cuarto de minuto, y, sin embargo, en ese breve instante el entumecimiento se apoderó de sus dedos descubiertos. No se puso el mitón; en cambio, se golpeó los dedos una docena de veces contra los muslos. Después se sentó a comer en un tronco cubierto de nieve. El hormigueo que siguió después de golpearse los dedos contra la pierna cesó tan rápido que se sobresaltó. Ni siquiera había podido morder una galleta. Se golpeó los dedos varias veces y los introdujo nuevamente en el mitón, al tiempo que descubría la otra mano para comer. Trató de tomar un bocado, pero la mordaza de hielo se lo impidió. Se había olvidado de encender el fuego para derretirla. Se rió de su simpleza, y mientras lo hacía notó que los dedos que tenía al descubierto se le iban entumeciendo. Advirtió también que el hormigueo que había sentido en los dedos de los pies, al sentarse ya se había desvanecido. Se preguntó si los pies se le habían calentado o si los tenía entumecidos. Los movió dentro de los mocasines, y decidió que los tenía entumecidos.

Se puso el mitón apresuradamente y se levantó. Estaba un poco asustado. Golpeó el suelo con los pies varias veces, hasta que volvió a sentir el hormigueo. En verdad, hacía frío, pensó. Aquel hombre del arroyo Sulphur no había mentido al decir cuánto frío podía llegar a hacer en esa región. ¡Y pensar que en esa oportunidad él se había reído! Eso le demostraba que no había que estar tan seguro de las cosas. No cabía la menor duda, hacía un frío terrible. Empezó a pasearse de un lado al otro, golpeando los pies con fuerza contra el suelo y agitando los brazos, hasta que volvió a entrar en calor y se tranquilizó. Después sacó los fósforos y se dispuso a encender el fuego. Obtuvo leña entre la maleza, donde el deshielo de la primavera anterior había depositado ramas estacionadas. Trabajó cuidadosamente, y partiendo de un fuego reducido, pronto logró una crepitante hoguera. A su calor derritió el hielo y se comió las galletas. Por el momento había

sometido al frío del espacio exterior. El perro demostró su satisfacción ante el fuego, y se tendió sobre la nieve a la distancia exacta para calentarse sin quemarse.

Cuando el hombre terminó, llenó su pipa y la fumó tranquilamente. Después se calzó los mitones, se acomodó con firmeza las orejeras de la gorra, y echó a andar por la senda izquierda del arroyo. El perro, decepcionado, anheló vivamente el fuego. Ese hombre no conocía el frío. Probablemente todas las generaciones de sus antepasados habían ignorado el frío, el que llegaba a los cuarenta grados bajo cero. Pero el perro sí lo conocía: todos sus antepasados lo habían conocido, y él había heredado ese conocimiento. Y él sabía que no era bueno echar a andar con ese frío terrible. Era el momento apropiado para acurrucarse en un agujero en la nieve y esperar que una cortina de nubes ocultase la faz de espacio exterior, de donde llegaba el frío. Por otra parte, entre el perro y el hombre no existía una verdadera intimidad. Uno era el esclavo del otro, y las únicas caricias que había recibido eran las del látigo y los sonidos ásperos y amenazadores, surgidos de la garganta del hombre. Por eso el perro no hizo esfuerzo alguno por comunicar su aprehensión al hombre. La suerte de éste no le preocupaba; si ansiaba volver junto al fuego era por su exclusivo bien. Pero el hombre silbó y le habló con el lenguaje del látigo, y el perro se pegó a sus talones y lo siguió.

El hombre mordió una porción de tabaco, y comenzó una nueva barba de ámbar. Además, el aliento húmedo le cubrió de un polvillo blanco el bigote, las cejas y las pestañas. No parecía haber tantos manantiales en el afluyente izquierdo de Henderson, y durante media hora el hombre no advirtió señales de ninguno. Y entonces sucedió. En un sitio donde no había indicio alguno, donde la nieve blanda, ininterrumpida, parecía anunciar una superficie sólida debajo, el hombre se hundió. No era profundo. Se mojó hasta la mitad de las pantorrillas antes de subir, atropelladamente, a tierra firme.

Estaba furioso, y maldijo su suerte en voz alta. Había abrigado la esperanza de reunirse en el campamento, con los muchachos, a las seis, y esto lo demoraría una hora, porque tendría que encender un fuego y secar su calzado. Esto último era imperioso a esas bajas temperaturas; eso lo sabía; y se volvió hacia la orilla, y trepó por el terraplén. Arriba, enredado en los matorrales que rodeaban los troncos de varios abetos pequeños, se veía un depósito de leña seca, formado por el deshielo: varas y ramas, principalmente, pero también grandes trozos de troncos estacionados, además de hierbas secas del año anterior.

Arrojó varios trozos grandes sobre la nieve. Servirían como base y evitarían que la llama recién surgida, que había obtenido acercando un fósforo a un trozo de madera de abedul, que sacó del bolsillo, se hundiera en la nieve que de lo contrario se derretiría. La corteza ardió con más facilidad que el papel. La puso en la base de la hoguera y alimentó la llama naciente con briznas de pasto seco y con las ramitas más pequeñas.

Trabajó lentamente y con cautela, con aguda conciencia del peligro. Gradualmente, a medida que el fuego se fortalecía, fue aumentando el tamaño de los leños que la alimentaban. Acucillado en la nieve, sacaba la madera de entre los matorrales y la arrojaba directamente al fuego. Sabía que no debía fracasar. Cuando hace más de cuarenta grados bajo cero, un hombre no debe fracasar en su primer intento de encender un fuego. Es decir, si tiene los pies mojados. Si tiene los pies secos y fracasa, puede correr un kilómetro por la senda y restablecer la circulación. Pero con los pies mojados y helados es imposible hacer circular la sangre. Cuando más se corre, más se hielan los pies húmedos.

Todo eso, el hombre lo sabía. El veterano del arroyo Sulphur se lo había dicho el otoño anterior, y recién comprendió lo acertado del consejo. Ya había desaparecido toda sensibilidad de sus pies. Para encender el fuego había tenido que quitarse los mitones, y los dedos se le habían entumecido también. Su ritmo de seis kilómetros y medio por hora había mantenido el corazón bombeando sangre a la superficie del cuerpo y a las extremidades. Pero en el instante en que se había detenido, el corazón había aminorado la acción de bombeo. El frío del espacio afligía aquel extremo desprotegido del planeta, y el hombre por hallarse en aquel extremo recibía todo el rigor del castigo. La sangre estaba viva, como el perro, y como el perro quería ocultarse, protegerse de aquel frío implacable. Mientras el hombre caminaba a más de seis kilómetros por hora, bombeaba la sangre, quíerese o no, hasta la superficie. Pero ahora ésta se retiraba y se hundía en las cavidades más profundas de su cuerpo. Las extremidades fueron las primeras en sentir su ausencia. Los pies mojados se le helaron primero, mientras que los dedos expuestos a la intemperie se le entumecieron, aunque todavía no hubiera comenzado a congelarse. La nariz y las mejillas ya se le congelaban, mientras que la piel del cuerpo se le enfriaba a medida que perdía su sangre.

Pero el hombre estaba a salvo. Los dedos de los pies y la nariz y las mejillas sólo se verían rozados por el hielo, porque el fuego comenzaba a arder con fuerza. Lo alimentaba con ramas del tamaño de su dedo. Un minuto más, y podría alimentarlo con ramas del grosor de su muñeca, y entonces podría quitarse los zapatos y los calcetines, y mientras se le secaban, mantendría los pies calientes junto al fuego, claro está que frotándolos primero con un puñado de nieve. El fuego era un éxito. Estaba salvado. Recordó el consejo del veterano del arroyo Sulphur y sonrió. El veterano había anunciado con suma seriedad la ley según la cual nadie debía viajar solo en el Klondike con una temperatura inferior a los veinticinco grados bajo cero. Pues bien, allí estaba él; había sufrido aquel accidente; estaba solo; y se había salvado. Aquellos veteranos, al menos algunos de ellos, eran bastante afeminados, pensó. Todo lo que había que hacer era conservar la cabeza, y no había nada que temer. Cualquier hombre que lo fuese de verdad podía viajar solo. Pero la rapidez con que se le helaban las mejillas y la nariz resultaba asombrosa. Jamás se le había ocurrido que los dedos pudieran quedar sin vida en tan poco tiempo. Y así, sin vida, se hallaban los suyos, porque apenas podía mantenerlos unidos para tomar una rama, y los sentía lejos de su cuerpo y hasta de

él. Cuando tocaba una rama tenía que mirar para ver si había logrado aferrarla. La conexión entre él y sus dedos no funcionaba.

Pero nada de esto importaba demasiado. Allí estaba el fuego, crepitando y chisporroteando y prometiendo vida con cada llamarada juguetona. Empezó a desatarse los mocasines. Los gruesos calcetines alemanes eran como fundas de hierro que le llegaban a la mitad de las pantorrillas; y los cordones de los mocasines eran cables de acero retorcidos y anudados como por alguna conflagración. Tironeó con los dedos entumecidos durante unos minutos; luego, al darse cuenta de lo tonto que resultaba esto, sacó el cuchillo de su vaina. Pero antes de que pudiera cortar los cordones, ocurrió. Fue por su culpa, o más bien, causa de su error. No debió encender el fuego bajo las ramas del abeto, sino en un claro. Pero le había resultado más fácil sacar las ramas del matorral y arrojarlas directamente al fuego. El árbol bajo el cual se hallaba estaba cubierto por una pesada carga de nieve. Hacía semanas que no soplaban el viento, y las ramas estaban excesivamente cargadas. Cada vez que sacaba una ramita, comunicaba al árbol una leve agitación, una agitación imperceptible para él, pero suficiente para provocar el desastre. En lo más alto del árbol una rama volcó su cargamento de nieve que cayó sobre las ramas inferiores, y el proceso continuó, extendiéndose y abarcando a todo el árbol. Creció como una avalancha, y descendió sin previo aviso sobre el hombre y el fuego. Y el fuego se extinguió. Donde antes ardía, no quedaba más que un manto de nieve fresca y desordenada.

El hombre se sobresaltó. Fue como si acabara de escuchar su propia sentencia de muerte. Durante un momento permaneció sentado, mirando fijamente el lugar donde antes había ardido el fuego. Después se sintió totalmente sereno. Tal vez el veterano del arroyo Sulphur tuviese razón. Si hubiera tenido un compañero de viaje, ahora no correría peligro. El compañero podría encender el fuego. Bien, dependía de él encenderlo de nuevo, y esta segunda vez no podía fracasar. Aunque lo lograra, lo más probable era que perdiera algunos dedos de los pies. Debía tenerlos muy congelados ya, y tardaría un rato en encender el segundo fuego.

Éstos eran sus pensamientos, pero no se sentó a meditar sobre ellos. Se mantuvo atareado mientras cruzaban por su mente. Armó una nueva base para la hoguera, esta vez en un campo abierto, donde ningún árbol traidor pudiese sofocarla. Luego recogió pastos secos y ramitas minúsculas de la resaca del deshielo. No podía unir los dedos como para arrancarlas, pero logró recogerlas de a puñados. De este modo reunió muchas ramas más grandes para utilizarlas después, cuando el fuego hubiera adquirido fuerza. Y mientras tanto, el perro, que estaba sentado, lo miraba con avidez ansiosa, porque lo consideraba el proveedor del fuego y el fuego tardaba en llegar.

Cuando estuvo listo, el hombre buscó en su bolsillo un segundo trozo de corteza de abedul. Sabía que la corteza estaba allí, y aunque no podía sentirla con los dedos, la oía crujir mientras intentaba asirla. Por más que lo intentó, no logró aferrarla. Y mientras tanto tenía aguda

conciencia de que, segundo a segundo, los pies se le helaban más y más. Comenzó a invadirle el pánico, pero luchó contra él y mantuvo la calma. Se calzó los mitones con los dientes, y agitó los brazos hacia adelante y hacia atrás y hacia adelante, mientras se golpeaba las manos con fuerza contra los costados. Lo hizo primero sentado, luego de pie, mientras el perro lo contemplaba sentado en la nieve, con su espesa cola enroscada en torno a las patas delanteras para calentarlas, sus agudas orejas de lobo apuntadas hacia adelante. Y el hombre, mientras agitaba y sacudía en el aire las manos y los brazos, sintió una gran oleada de envidia al contemplar a la criatura, caliente y segura en su envoltura natural.

Al poco tiempo experimentó las primeras señales lejanas de sensibilidad en los golpeados dedos. El leve cosquilleo fue haciéndose más fuerte hasta convertirse en un dolor agudo, insoportable, pero que el hombre recibió con satisfacción. Se arrancó el mitón de la mano derecha y buscó la corteza de abedul. Los dedos desnudos volvían rápidamente a entumecerse. Luego sacó su puñado de fósforos de azufre. Pero el tremendo frío ya había ahuyentado la vida de sus dedos. En su esfuerzo por separar un fósforo de los otros, todo el puñado cayó a la nieve. Trató de recogerlo, pero no pudo. Los dedos muertos no podían tocar ni asir. Se mostró sumamente cauteloso. Apartó de su mente el pensamiento de los pies, la nariz y las mejillas heladas, y concentró toda su alma en los fósforos. Miró, usando la visión en vez del tacto, y cuando vio los dedos a ambos lados del puñado lo cerró; mejor dicho, quiso cerrarlos, pero la comunicación estaba ya totalmente cortada, y los dedos no lo obedecieron. Se puso el mitón derecho, y sacudió la mano salvajemente contra la rodilla. Luego, con las dos manos enfundadas en los mitones, recogió el puñado de fósforos, junto con mucha nieve, y se lo puso en el regazo. Pero esto no mejoró en nada su situación.

Tras algunas manipulaciones consiguió aprisionar el paquete entre las palmas de sus manos enguantadas. De este modo se lo llevó a la boca. El hielo crujió y se resquebrajó cuando, con un violento esfuerzo, logró abrirla. Contrajo la mandíbula inferior, elevó el labio superior y raspó el puñado de fósforos con los dientes, para separar uno. Lo logró, y lo dejó caer sobre el regazo. Pero su situación no mejoraba. No podía recogerlo. Entonces ideó una manera. Recogió el fósforo con los dientes, y lo frotó contra el muslo. Lo frotó veinte veces antes de lograr encenderlo. Cuando llameó, lo acercó con los dientes a la corteza de abedul. Pero el azufre ardiente se le metió en las fosas nasales y en los pulmones, haciéndole toser espasmódicamente. El fósforo cayó en la nieve y se apagó.

El veterano del arroyo Sulphur tenía razón, pensó en el instante de desesperación controlada que siguió al incidente: a más de veinticinco grados bajo cero se debe viajar siempre acompañado. Se golpeó las manos, pero no experimentó la menor sensación. De pronto se desnudó ambas manos, sacándose los mitones con los dientes. Como los músculos de sus brazos no estaban helados, pudo apretar con fuerza las manos contra los fósforos. Entonces se frotó el puñado contra la pierna. ¡Estalló en llamas, setenta fósforos de azufre ardiendo al mismo tiempo! No había viento

que los apagara. Ladeó la cabeza para escapar a los vapores sofocantes, y acercó el manajo llameante a la corteza de abedul. Mientras lo hacía, cobró conciencia de una sensación en la mano. La carne se le quemaba. Podía olerla, y la sentía muy por debajo de la superficie. La sensación se convirtió en un dolor que se fue agudizando. Aún así lo soportó, acercando con torpeza la llama de los fósforos a la corteza que no se encendía porque sus propias manos que estaban ardiendo se interponían y absorbían la mayor parte de la llama.

Por fin, cuando no pudo soportarlo más, abrió las manos de golpe. Los fósforos encendidos, cayeron chirriando sobre la nieve, pero la corteza de abedul estaba encendida. Empezó a acumular hierba seca y las ramitas más diminutas sobre la llama. No podía seleccionar, porque tenía que llevar el combustible entre las palmas de la mano. Adheridos a las ramas había fragmentos de madera podrida y de musgo verde y los arrancó lo mejor que pudo con los dientes. Alimentó la llama con cuidado y torpemente. Significaba vida, y no debía extinguirse. La retirada de la sangre de la superficie de su cuerpo lo hizo tiritar ahora, y sus movimientos se entorpecieron. Un trozo grande de musgo verde cayó directamente sobre la llama. Trató de sacarlo con los dedos, pero el temblor de su cuerpo lo hizo desbaratar al núcleo del fuego, y las hierbas y ramitas se dispersaron. Trató de reunir las de nuevo, pero a pesar de la tensión del esfuerzo, los temblores lo dominaron y las ramas se dispersaron sin remedio. Cada ramita emitió una bocanada de humo y se apagó. El proveedor del fuego había fracasado. Mientras miraba apáticamente a su alrededor, su mirada recayó en el perro, sentado frente a él, en la nieve, al otro lado de las ruinas del fuego. Se movía con impaciencia, inquieto, y levantaba primero una pata, luego la otra, trasladando de una a otra el peso de su cuerpo, con ansiosa avidez.

La visión del perro lo hizo concebir una idea descabellada. Recordó la historia de un hombre que, atrapado en una tormenta de nieve, mató un novillo y se introdujo en su interior, y así logró salvarse. Mataría al perro y enterraría las manos en el cuerpo caliente hasta que desapareciera el entumecimiento. Después encendería otra hoguera.

Habló al perro; lo llamó. Pero en su voz había una extraña nota de temor que atemorizó al animal, que nunca lo había oído hablar así. Algo sucedía, y su naturaleza recelosa presentía el peligro. No sabía qué peligro, pero de algún modo, en algún sitio de su cerebro surgió una aprehensión hacia el hombre. Agachó las orejas ante el sonido de la voz del hombre, y sus movimientos inquietos y el desplazamiento y la elevación de las patas delanteras se hicieron más pronunciados; pero no se acercó al hombre. Éste se puso sobre las manos y las rodillas y se arrastró hacia el perro. Su postura inusitada despertó nuevamente sospechas en el animal, que se hizo a un lado atemorizado.

El hombre se sentó unos instantes en el suelo y luchó por recuperar la calma. Luego se puso los mitones con los dientes y se levantó. Primero miró hacia abajo para asegurarse de que se había puesto de pie realmente, ya que la ausencia de sensibilidad en los pies le había hecho perder

relación con la tierra. La posición erguida hizo que las sospechas comenzaran a disiparse en la mente del perro. Y cuando le habló perentoriamente, con el sonido del látigo en la voz, el perro volvió a su obediencia habitual y se le acercó. Cuando lo tuvo al alcance de la mano, el hombre perdió el control. Extendió con celeridad los brazos hacia el animal, y experimentó auténtica sorpresa al descubrir que sus manos no podían apretar, que no podía doblar los dedos ni tenía sensibilidad en ellos. Había olvidado por un instante que los tenía helados, y que se estaban helando más y más. Todo esto sucedió rápidamente, y antes de que el animal pudiera huir, le rodeó el cuerpo con los brazos. Se sentó en la nieve, y de este modo sostuvo al perro, que gruñía, gemía y forcejeaba.

Pero eso era lo único que podía hacer, rodearle el cuerpo con los brazos y seguir sentado. Se dio cuenta de que ni siquiera podía matarlo. No había forma de hacerlo. Con sus manos inútiles no podía ni sacar ni sostener el cuchillo, ni estrangular al animal. Lo soltó, y éste huyó salvajemente, con la cola entre las piernas y sin dejar de gruñir. Se detuvo a los diez metros y lo contempló con curiosidad, con las orejas apuntadas hacia adelante.

El hombre se buscó las manos con la mirada para localizarlas, y las halló colgando al extremo de los brazos. Le pareció curioso tener que utilizar la vista para encontrar las manos. Volvió a balancear los brazos hacia adelante y hacia atrás, golpeándose las manos enguantadas contra los costados. Lo hizo durante cinco minutos, con violencia, y el corazón bombeó sangre suficiente hacia la superficie como para que dejara de temblar. Pero en las manos no surgió sensación alguna. Tenía la impresión de que colgaban como peso a los extremos de los brazos, pero cuando trató de localizar la sensación, no pudo hallarla.

Lo acometió cierto temor a la muerte, un miedo sordo y depresivo. El temor se hizo pronto muy agudo, cuando cayó en la cuenta de que ya no se trataba de que se congelaran los dedos de los pies o de las manos o de perder las manos y los pies, sino que era una cuestión de vida o muerte, en la que llevaba todas las de perder. La idea le produjo pánico y se volvió y corrió por el lecho del arroyo, a lo largo de la senda, vieja y ya casi invisible. El perro lo siguió y se mantuvo a su lado. Corría ciegamente, sin intención, con un miedo tal como jamás había experimentado en toda su vida. Poco a poco, mientras trastabillaba y tropezaba en la nieve, empezó a ver las cosas de nuevo: las orillas del arroyo, los atascamientos de viejos troncos, los álamos desnudos y el cielo. Correr lo hizo sentirse mejor. Ya no tiritaba. Tal vez, si seguía corriendo, los pies se le descongelarían; y de todos modos, si lograba correr lo suficiente, podría alcanzar el campamento junto a los muchachos. Sin duda perdería varios dedos de los pies y de las manos, y parte de su cara; pero los muchachos lo cuidarían y salvarían lo que quedara de él cuando llegara. Y al mismo tiempo, había otro pensamiento en su mente, que le decía que nunca llegaría al campamento con los muchachos, que estaba a demasiados kilómetros de distancia, que el congelamiento ya estaba demasiado avanzado, y que pronto estaría rígido y muerto. Confinó este pensamiento a un lugar

recóndito de su mente, y se negó a considerarlo, aunque a veces pugnara por avanzar y exigiera ser escuchado, mientras el hombre lo rechazaba y se esforzaba por pensar en otras cosas.

Le resultó curioso que pudiera correr con los pies tan helados que no sentía cuándo tocaban la tierra y sostenían el peso de su cuerpo. Le parecía deslizarse sobre la superficie sin tocar siquiera la tierra. Una vez había visto en algún lugar un Mercurio alado, y se preguntó si Mercurio se habría sentido como él cuando rozaba la tierra.

Su teoría de correr hasta llegar al campamento y a los muchachos tenía un defecto: carecía de la resistencia necesaria. Varias veces tropezó y finalmente se tambaleó, trastabilló y cayó. Trató de incorporarse pero no pudo. Decidió que debía sentarse y descansar, y la próxima vez sencillamente caminaría. Mientras se sentaba a recobrar el aliento, advirtió una sensación de calor y bienestar. Ya no temblaba, y hasta le parecía que una intensa calidez le inundaba el pecho y el tronco. Y sin embargo, cuando se tocaba la nariz y las mejillas, no percibía sensación alguna. La carrera no las descongelaría. Como tampoco descongelaría sus manos ni sus pies. Entonces lo asaltó el pensamiento de que las partes heladas de su cuerpo debían estar extendiéndose. Trató de alejar el pensamiento, de olvidarlo, de pensar en otra cosa; tenía conciencia del pánico que le causaba, y el pánico lo asustó. Pero el pensamiento se afirmó, y persistió, hasta provocar una visión de su cuerpo totalmente helado. No pudo soportarlo, y se lanzó a otra carrera alocada por la senda. Aminoró la marcha y caminó, pero la idea del congelamiento que se extendía lo hizo correr nuevamente.

Y el perro lo seguía siempre, pegado a sus talones. Cuando se cayó por segunda vez, el perro enroscó la cola sobre las patas delanteras y se sentó delante de él, mirándolo entre ansioso y atento. El calor y la seguridad del animal lo enfurecieron y lo maldijo hasta que el perro bajó las orejas en un gesto apaciguador. Esta vez los temblores invadieron al hombre con mayor rapidez. Perdía la batalla contra el hielo, que estaba invadiendo su cuerpo por todos los flancos. El pensamiento le impulsó a seguir, pero no había corrido más de treinta metros, cuando tropezó y cayó de bruces sobre la nieve. Fue su último pánico. Cuando hubo recuperado el aliento y el control sobre sí mismo, empezó a pensar en la idea de recibir la muerte con dignidad. La idea, sin embargo, no se le presentó en esos términos. Su opinión al respecto era que se había comportado como un tonto, corriendo como un pollo con la cabeza cortada: ése fue el símil que se le ocurrió. Bien, de cualquier manera estaba condenado a congelarse, y era mejor que lo hiciera con cierta decencia. Y con esta nueva paz de espíritu llegaron los primeros atisbos de somnolencia. Buena idea, pensó, dormir hasta la muerte, morir durmiendo. Era como si le dieran una anestesia. Congelarse no era tan malo como la gente creía. Había maneras mucho peores de morir.

Se imaginó a los muchachos que hallaban su cuerpo al día siguiente. De pronto se vio con ellos, avanzando por la senda y buscándose a sí mismo. Y todavía con ellos, llegó a un recodo de la senda y se encontró yaciendo en la nieve. Ya no se pertenecía a sí mismo, pues aún entonces

estaba fuera de sí mismo, de pie con los compañeros y mirándose, echado en la nieve. Por cierto que hacía frío, pensó. Cuando volviera a los Estados Unidos podría contarle a la gente lo que era el verdadero frío. De allí pasó a una visión del veterano del arroyo Sulphur. Podría verlo con claridad, cómodo y abrigado, mientras fumaba su pipa.

—Tenías razón, caballo viejo, tenías razón —le susurró al veterano del arroyo Sulphur.

Después el hombre se hundió en lo que le pareció el sueño más tranquilo y agradable que había disfrutado en toda su vida.

Sentado frente a él, esperando, se hallaba el perro. El breve día llegaba a su fin con un largo y lento crepúsculo. No había indicio alguno de que se preparara un fuego, y además, en la experiencia del perro éste nunca había visto hombre alguno que se sentara así sobre la nieve sin antes encender un fuego. A medida que el crepúsculo avanzaba, iba dominándolo su ansiosa añoranza de calor, y mientras elevaba y desplazaba las patas delanteras, gimió suavemente y enseguida acható las orejas, a la espera del castigo del hombre. Pero el hombre permaneció en silencio. Más tarde el perro gimió con más vigor, y más tarde aún se acercó al hombre, arrastrándose sobre la nieve, hasta que olfateó la muerte. Se erizó y retrocedió. Se demoró un poco más, aullando bajo las estrellas que brincaban y bailaban y resplandecían en el frío cielo. Luego se volvió y avanzó trotando por la senda, hacia el campamento que conocía, donde otros hombres le proporcionarían alimento y fuego.

— Jack London (traducción de Nora Dottori)